

EXISTO

Por Elvira Menéndez – Relato del Silencio en el Cubo MUTE en Plaza Callao de Madrid

11 junio 2014

Día 11 de mayo del año dos mil cien.

Desde hace más de sesenta años, unas enormes bóvedas, que no permiten el paso de la luz solar, cubren todas las ciudades de la tierra. Fueron instaladas para evitar que la humanidad sucumbiera víctima de la contaminación. Eso a pesar de los innumerables esfuerzos –casi todos verbales- que se habían hecho durante décadas para acabar con ella.

Lo cierto es que, hasta esta mañana, yo, al igual que los demás habitantes de las ciudades cúpula, pensaba que había sido una solución acertada. Porque, si bien es verdad las bóvedas obligan a limitar el espacio a diez metros cuadrados por persona, también lo es que en ese exiguo cubículo cabe todo lo que un ser humano civilizado necesita para ser feliz. Las paredes, los techos y los suelos de nuestros minúsculos hogares se convierten en pantallas en las que se pueden ver, oír e incluso oler y palpar imágenes holográficas del presente y del pasado. Aún recuerdo lo mucho que me impresionó el perfume de una flor y lo que me repugnó el olor de una silla de montar del siglo XIX (sin duda a causa de la combinación de cuero viejo y sudor de partes pudendas).

“Percibir tantas sensaciones sin necesidad de moverse del sitio, supone un triunfo de nuestra civilización y sobre todo, un considerable ahorro de energía”, discurría yo hasta esta mañana.

“Nuestros gobernantes piensan en todo; han previsto hasta los más nimios detalles para hacernos la vida más cómoda”, me decía cada vez que mi cama, mi mesa o mis dos sillas emergían instantáneamente del suelo de mi cubículo.

Esa mañana ha amanecido a las cinco treinta. Aunque, para ser más exacto, debería decir que a esa hora se encendieron al unísono las luces de todas las cúpulas del mundo.

Me acerqué al dispensador -situado en el rincón que nuestros abuelos destinaban a la cocina-, para sacar mis píldoras. Solía tomar seis cada mañana: una para despertarme, otra para alimentarme adecuadamente, otra para ser feliz y otra para no pensar o al menos no abrumarme con pensamientos inútiles (estas dos últimas tienen el mismo color; ignoro si sus propiedades son iguales).

Me di una ducha de oxígeno y me puse mi único traje.

Las cúpulas tienen muchas ventajas, además de coordinar el horario a nivel mundial ya que las luces se encienden y se apagan a la vez en todo el planeta, han hecho desaparecer el invierno, el verano, la primavera y el otoño, librándonos de las incomodidades meteorológicas que soportaban los humanos hasta la mitad del siglo veintiuno.

Lo único que no han conseguido eliminar es el ruido. Hay un ronroneo constante producido por los inyectores de oxígeno, los tubos transportadores de agua, los de detritus, y los de píldoras y otros elementos que llegan directamente a los hogares o salen de ellos. Pero el ruido no es algo

que moleste demasiado, pensaba yo. Porque los habitantes de las cúpulas no necesitamos hablar; nos comunicamos desde hace décadas con mensajes.

Antes de que hubiera tenido tiempo de tomarme todas las píldoras, ocurrió un accidente que me hizo cambiar de parecer. La energía se cortó. Las máquinas se pararon. SE HIZO UN SILENCIO ABSOLUTO, INSOPORTABLE.

Por primera vez en mi vida noté los latidos de mi corazón. Sentí un terror infinito. Si se me paraba no tendría manera –ni tampoco los créditos necesarios- de conseguir uno nuevo. Iba a morir. ¡Morir con menos de cien años era una tragedia! Traté de sacar, alumbrado por las luces de emergencia, píldoras tranquilizantes de la máquina dispensadora, pero no funcionaba. El silencio era aterrador. Noté cómo me palpitaban las sienes. El pánico me invadió. Si el cerebro se me desbarataba en mitad del apagón no podría transferir mis recuerdos a uno nuevo. Como mis créditos eran escasos, tendría que conformarme con un cerebro de coeficiente intelectual por encima de ciento cuarenta, que eran los más baratos, los únicos a mi alcance. Pero estaban desaconsejados por nuestros gobernantes ya que hacían a la gente menos feliz. ¡Y con razón el exceso de inteligencia nunca había hecho feliz a nadie!

Salí como pude de mi cubículo -para mi sorpresa, mis piernas funcionaban- y me tropecé en una de las pasarelas con un hombre joven, de unos setenta años, que me miró aterrado. Abrió la boca, pero fue incapaz de pronunciar palabra.

“No se preocupe, la energía volverá tarde o temprano”, lo consolé. El sonido de mi propia voz me sorprendió.

No había tenido tiempo de tomarme la píldora para no pensar y apreté mi ordenador de muñeca.

-¿Qué hay fuera de la cúpula? -le pregunté.

Me vi en mitad del holograma de un prado verde, lleno de flores. Un pájaro revoloteó por encima de mi cabeza y se posó sobre un palo con hojas. Al levantar la vista vi una enorme casa de cristal en lo alto de la colina. ¡Dentro, había gente!

“Nuestros gobernantes nos engañan, fuera hay vida y seres humanos que disfrutaban de la naturaleza”, deduje.

El silencio me había hecho pensar. Después de sesenta años, estaba vivo, ¡EXISTÍA!

FIN

LA COLMENA MUTE - EL SONIDO DE LA VIDA

Por Reyes Monforte – Relato del Silencio en el Cubo MUTE en Plaza Callao de Madrid

11 junio 2014

Miró por última vez a través de los ventanales del salón, como si necesitara un último acopio de inspiración antes de que su mirada se concentrara en el lienzo immaculado que tenía ante sí, y su creatividad hablara por boca del pincel que sostenía en su mano. Observó la alfombra urbanizada de edificios y tejados que le brindaban las envidiables vistas de su casa. Inspiró hondo. Tres veces. Espiró pausadamente, saboreando la expulsión del aire de su caja torácica. Solía hacerlo desde pequeña, cuando su padre le enseñó esa técnica mágica para relajarse y lograr la deseada concentración. Ésa era su palabra fetiche, concentrarse para vivir, para crear, para pensar, y siempre se preguntó cómo podía tener dos significados tan dispares: uno, aglomeración; otro, abstracción. “La vida”, supuso, “y sus continuas paradojas”.

Hizo un esfuerzo e intentó aislarse del sonido de las sirenas de las ambulancias que cruzaban la ciudad, de los incisivos silbatos de la policía regulando el tráfico, del tubo de escape de una moto pasada de aceleración, de los eslóganes a voz en grito de la última manifestación que recorría la Gran Vía madrileña, del turbador sonido de las taladradoras trepanando el asfalto, de los insistentes cláxones de los coches. Resultaba difícil abstraerse del permanente zumbido de la ciudad, convertida en una inmensa colmena que ampara un descomunal enjambre de abejas, cuyo sonido se muda en un continuo murmullo que el oído asume y cristianiza inaudible por mera costumbre. Recordó las palabras de un investigador británico en un reportaje que había visto el fin de semana en televisión. *“Cada trabajo que hace una abeja dentro de la colmena produce un ruido ligeramente diferente”*. Sonrió ante la certeza de la revelación, mientras se recogía el pelo en una coleta baja utilizando como uno de sus mechones. Cuando el pincel casi rozaba la tela, el estruendo de unos bafles colocados en plena Plaza de España para la presentación de una feria gastronómica, a punto estuvo de que la primera comunión lienzo-pincel pariera un borrón de color verde. Daniela dejó sus bártulos de pintura y se incorporó, no sin cierta dificultad, en busca de sus mejores aliados cuando el mundo se le antojaba demasiado ruidoso. Abrió una pequeña caja de madera y vació su contenido en la palma de su mano. Le gustaba el color de los tapones. Rosa chicle. Disfrutaba llenando su mundo de color y también de silencio, y cuando ambos se ensamblaban, era capaz de crear las imágenes más hermosas del mundo.

De nuevo ante el tapiz blanco, sus pulmones volvieron a hacer acopio de una buena bocanada de aire. Ahora el único sonido era el barrunto de sus pensamientos. Cerró los ojos para deleitarse de aquella musicalidad. “Qué delicia. Qué descanso.” Le pareció increíble cómo el ruido amordaza los sonidos más importantes de la vida como el respirar o los latidos de su corazón, y sin embargo el silencio los magnifica, reconociéndoles su verdadero protagonismo. Tuvo la impresión de estar vengándose de las abejas y de su característico zumbido, ese que se produce por el sonido que hacen sus dos pares de alas al batir 11.400 veces por minuto. En ese momento, abrió los ojos como si un resorte interno le hubiera obligado a ello. Algo llamó su atención. Se dio cuenta entonces, en mitad de aquel edén silencioso. Escuchaba algo más, un susurro escondido, discreto, quizá vencido por la timidez. Primero fue su mano izquierda la que se posó sobre su tripa de ocho meses y tres semanas de gestación, y a continuación le siguió la derecha. Ambas rotaron suavemente formando un círculo de caricias inconclusas. Le

tranquilizaba acariciar su barriga maternal, que estaba a punto de salir de cuentas, e imaginar cómo irían las cosas ahí dentro. Una nueva idea le hizo levantarse para buscar algo, ésta vez, en su maletín profesional de donde extrajo su estetoscopio. Liberó sus oídos de los tapones rosas y se colocó en las orejas las olivas, los auriculares de goma colocados en los extremos del fonendoscopio, mientras desplazaba la campana metalizada del aparato sobre la piel de su abultado vientre. Dio un respingo al comprobar que estaba fría. Con la emoción por el experimento que estaba iniciando, se le había olvidado calentarla con su aliento, como solía hacer con sus pacientes. Y entonces lo escuchó: un vergel de deliciosos sonidos cardiacos, soplos, balbuceos respiratorios y flujos sanguíneos envueltos en una delicada membrana de medida. A Daniela le pareció estar escuchando la más hermosa partitura jamás interpretada. Así sonaba la vida, la que se estaba creando en su interior. Nunca había tenido la oportunidad de escucharlo de una manera tan nítida, excepto en la consulta de su ginecóloga, pero aquella sinfonía de vida no tañía igual. Qué sonido más inspirador, qué música más cautivadora la que le ofrecía el corazón de su pequeño. ¿Así sonaría el mundo ahí dentro? ¿Sería ése el sonido ambiente de la burbuja donde su pequeño había estado gestándose? Con aquella melodía en sus oídos comenzó a direccionar su pincel sobre el lienzo. Decidió cambiar de color y eligió el azul y el gris. No supo muy bien por qué, pero empezó a esbozar un gran círculo que llenó de trazos abstractos, jugando con la verticalidad, las formas, el grosor y los perfiles. Se dio cuenta de que los movimientos del pincel que creaban los diferentes trazos seguían el ritmo y el compás marcado por los latidos del corazón de su pequeño, que ejercían de eficaz metrónomo. Había entrado en un mundo de calma, armonía, paz y sosiego donde las ideas crecían como enredaderas en un jardín natural. Todo brotaba de sus manos con naturalidad, sin esfuerzo, sin traumas ni dolor, sin dudas, con energía y convencimiento. Comprendió que el silencio que habla necesita ser escuchado y la recompensa era la creación. Ése era el sonido de la vida y para poder escucharlo había que guardar silencio. Animada por ese pensamiento, decidió compartir el experimento con su hijo que parecía estar inquieto desde hacía unos minutos. Abrió el estetoscopio con el diámetro suficiente para que sus dos extremos abarcaran su tripa y colocó la membrana sobre su propio corazón. Esperó unos segundos deseando que su hijo pudiera escuchar el corazón materno cómo ella había escuchado el del pequeño. Las patadas cesaron y todo pareció volver a la calma en la cueva mágica.

Al cabo de un tiempo que no fue capaz de cuantificarlo y tampoco quiso que su reloj le sacara de dudas, se levantó del taburete en el que estaba sentada y se alejó unos metros para contemplar su obra. Una generosa sonrisa le brotó de los labios. “Sí. Así, sí.- dijo en voz alta como si supiera que su pequeño lo escucharía.- Mira lo que hemos creado los dos juntos”. Quizá a modo de respuesta, el pequeño, en mitad de su oasis silencioso, tuvo la idea de escuchar el mundo que le esperaba en el exterior. Quería salir fuera y formar parte de esa obertura de sonidos. Daniela empezó a sentir las primeras contracciones. Nuevamente, inspiró y espiró. Su creación iba a romper el silencio que gobernaba su mundo. Ambos estaban listos para escuchar, de nuevo, el sonido de la vida.

UNA CONFESIÓN SILENCIOSA

Por Javier Sierra – Relato del Silencio en el Cubo MUTE en Plaza Callao de Madrid

11 junio 2014

“Buscar el silencio es morir al mundo del ruido... pero nacer a otro mundo superior, el de las ideas.”

Dicen que cuando uno muere la vida desfila ante tus ojos como si fuera una película. Yo, la verdad, no me atrevería a afirmarlo de una manera tan rotunda. Aunque después de lo que pretendo relatar aquí casi podría convencer a cualquiera de que así sucede.

Mi certeza comenzó a fraguarse en 1997, durante mi cuarto viaje a Egipto, cuando alguien de quien no puedo revelar su nombre me ofreció vivir una experiencia fuera de lo común. “Te voy a enseñar algo que te conectará con la sabiduría de los antiguos”, prometió. “Si eres capaz de vencer tu miedo, lo que te mostraré te cambiará la vida”.

Por aquel entonces tenía sólo veintiséis años y una curiosidad insaciable por los misterios del país del Nilo así que, sin saber muy bien qué era lo que estaba ofreciéndome, acepté. Mi interlocutor era alguien a quien había conocido en mis anteriores visitas al país, me había presentado a su familia, servido de guía en El Cairo, acompañado a lugares donde vivimos algunas peripecias curiosas y me parecía una persona digna de toda confianza. Pero, ¿por qué me hablaba de repente en términos tan oscuros? ¿Qué era eso tan trascendente que deseaba mostrarme? ¿Y por qué me lo envolvía con ese misterio? Aquella noche, después de cenar, mi amigo me condujo en taxi hasta uno de los accesos a la meseta arqueológica de Giza donde se levantan las tres famosas pirámides de Keops, Kefrén y Micerinos. Recuerdo que lucía una Luna llena espléndida y la silueta de la vieja Esfinge se recortaba sobre un horizonte oscuro que se confundía con una bóveda celeste tachonada de estrellas. Tras sortear un par de controles policiales y saludar con familiaridad a los responsables de la seguridad del recinto arqueológico más grande del planeta, nos acercamos caminando hacia la cara norte de la Gran Pirámide. El coloso de piedra intimidaba a esas horas, abandonado por los turistas y vendedores ambulantes, solitario y magnífico, casi como si acabara de llegar de otro mundo.

-Muy pocas personas han tenido la oportunidad de entrar así en la pirámide –me dijo a bocajarro.

-¿Entrar así? -pregunté-. ¿Qué quieres decir?

Él me regaló una mirada entre divertida y pícaro.

-Al interior de la Gran Pirámide. De noche. A solas -precisó.

-¿Y para qué vamos a hacer eso?

-Quiero que experimentes la fuerza más poderosa del Universo, Javier. La que iluminó la civilización egipcia y sirvió para impulsar las grandezas de tantos otros pueblos.

-¿Fuerza? ¿Aquí? –me encogí de hombros, intimidado, vislumbrando la silueta perfecta de la mayor de las pirámides del país. Mi guía había dicho aquello como si en verdad me ofreciera un regalo valiosísimo-. ¿Qué fuerza?

-¡El silencio!

Han pasado casi dos décadas desde aquella conversación, pero tengo muy presente lo que ocurrió después. Mi interlocutor, entusiasmado, me condujo a una de las bocas de acceso al monumento, tutelándome por sus entrañas con la ayuda de una pobre linterna eléctrica. Naturalmente, yo había visitado el lugar en otras ocasiones acompañado por arqueólogos y grupos de turistas, pero el ruido de sus conversaciones, el eco de los cientos de pasos rebotando sobre los listones de madera del suelo y las prisas con las que siempre me empujaban a completar el “tour” me habían hecho ver un monumento muy diferente. Ahora todo era más espeso. Más intenso. Insondable. Más vivo y desconcertante de lo que lo había percibido jamás.

-¿Sabías que Napoleón Bonaparte pasó una noche a solas, encerrado en este lugar?
Aunque la pregunta de mi cicerone era retórica, hizo que un escalofrío me recorriera el cuerpo. Estábamos a mitad de la rampa de ascenso que nos llevaba al corazón del monumento e imaginar un alma perdida allá dentro –incluso la del aguerrido Napoleón- me aceleró el pulso.
-¿En serio? –titubeé. El eco de nuestras palabras rebotaba en las galerías vacías como si buscara dónde perderse. Éramos las únicas almas que estábamos en el vientre del coloso.
-Fue un mes de agosto de hace doscientos años –prosiguió él-. Bonaparte había invadido Egipto y casi al final de su campaña militar pidió pasar una noche aquí. Sin nadie. La pirámide y él solos. ¿Te lo imaginas?
-¿Y por qué haría semejante cosa?
La luz de la linterna retembló.
-¡Nadie lo sabe! Lo que se dice en El Cairo es que el francés quiso someterse a la misma prueba de valor que Julio César o Alejandro Magno, a quienes admiraba. Alguien le debió contar que los reyes de Egipto demostraban aquí su tesón ante el silencio y la oscuridad y, tal vez, fuera de sí por el terror, llegaban incluso a comunicarse con los viejos dioses.
Sacudí la cabeza, incrédulo.
-¿Y tenía sentido someterse a una prueba así?

Mi guía me escrutó con severidad. Me invitó a tomar asiento en el suelo de la Gran Galería de la pirámide, me ofreció un sorbo de agua y me habló durante un buen rato de lo que significaba aislarse del mundo, encontrarse sólo con uno mismo, y lo importante que habían sido esa clase de procesos para las civilizaciones que nos precedieron. Se refirió a Heródoto, el padre de la Historia, y a cómo mencionó en sus escritos que hubo un tiempo en el que los sabios de Grecia se refugiaban durante días en el corazón de la Tierra para buscar su conexión con lo divino, con los dioses. Parménides dio a esa acción un nombre bien curioso, “incubatio”, pues las mejores mentes de su tiempo se acuclillaban en un rincón oscuro de sus cuevas para despejar su mente, sofocar su cuerpo, y conectar con lo sagrado casi como si realmente incubaran sus pensamientos. Todos los creadores que en la Historia han sido –me explicó- siguieron de un modo u otro con ese instinto. Aislarse para encontrarse con las musas era provocar un estado mental especial en el que un mortal lograba hablar de tú a tú con el mundo de las ideas; con lo inmortal.

-Por eso el silencio se asimila tantas veces a la muerte, ¿no? Sólo al “otro lado” se encuentran los dioses –apostillé.
Mi guía sonrió.
-¡Exacto! Buscar el silencio es morir al mundo del ruido... pero nacer a otro mundo superior, el de las ideas.
La idea me maravilló.

Cuando quise darme cuenta era ya más de media noche y, entonces, sin saber muy bien por qué, agradecido por la oportunidad de reflexionar sobre todo aquello en un lugar tan “cargado” como la pirámide de Keops, le deslicé una propuesta que hasta a mí me asombró.

-¿Y si me dejas aquí solo esta noche? ¿Sería posible?

Creo que desconcerté a mi amigo. Quizá por eso, entre asombrado y perplejo ante aquel arrebató, añadió algo a sus explicaciones:

-¿Sabes qué dijo Bonaparte cuando salió de este lugar, tras haber pasado una noche entera aquí dentro?

-No. ¿Qué?

-Eso es lo extraño, Javier. ¡No dijo nada! Tan solo murmuró que lo que la pirámide le había susurrado entre silencios había sido tan increíble que jamás se atrevería a contarlo a nadie. Pensó que nadie le creería.

-Entonces, insisto. Quiero pasar esta noche aquí.

-¿Estás seguro?

-¡Lo estoy!

Tras algunas gestiones con los policías que se habían quedado en la puerta de la pirámide, mi interlocutor consiguió finalmente el permiso que necesitaba. Me dio seis horas para estar allí. Sólo. Provisto únicamente de su linterna y el resto de su botella de agua. Y como Napoleón, Julio César, Alejandro y quién sabe cuántos “locos “ más me sumergí durante toda una madrugada en una de las vivencias más sorprendentes de mi vida. Fue el día en el que comprendí de verdad lo que era el silencio.

Recuerdo que me dirigí a la que llaman Cámara del Rey y que allí, en la penumbra más absoluta, decidí tumbarme en el interior del sarcófago de piedra vacío que descansa en su interior. No dormí. O eso juraría. Y en las horas que permanecí allí tumbado vi desfilar ante mis ojos los mejores y los peores momentos de mi existencia. Me vi corretear por los pasillos infinitos de la casa de mis padres en la calle de San Francisco, en Teruel. Perderme entre las lápidas del cementerio en la primera mañana que decidí que había cosas mejores que hacer que acudir a clase. Volví a sentir el frío en el rostro en el amanecer de la primera madrugada en vela de mi vida, a las afueras de A Coruña. O el miedo inenarrable en el cuarto oscuro donde mi padre me recluía después de alguna travesura. Tan claras fueron aquellas imágenes que en varias ocasiones pensé que la muerte no podía ser muy diferente de aquello. Y contra lo que muchos pensarán al leer esta confesión, no me asusté. Al contrario. Estar allí tumbado, en una sala que había resistido el paso de cuatro milenios, aislado del exterior por muros de más de cincuenta metros de grosor, me daba una sensación de serenidad, de totalidad, que nunca más he vuelto a experimentar.

Aquella noche de 1997 –ahora lo sé- estuve cerca del verdadero silencio. Y éste es primo hermano de la muerte. Pero ésta, lejos de ser un lugar oscuro e inerte, se me reveló entonces como un sorprendente lienzo en el que lo inmaterial, lo sensorial, lo supremo era capaz de tomar cuerpo y de comunicarse conmigo.

A muchos esto les parecerá una *petit folie*. Una locura transitoria. Pero nada he sentido tan real como esos momentos de lucidez que me regaló la ausencia del mundo en el interior de la Gran Pirámide.

Desde entonces he escalado montañas, me he enclaustrado en tanques de aislamiento sensorial, me he internado en cuevas, recorrido en silencio el Camino de Santiago e incluso he

conversado con astronautas y cosmonautas que han experimentado el “vacío cósmico” y he escrito una y otra vez sobre todo ello tratando de reproducir de nuevo lo que viví en Egipto. Sin éxito. Mi último intento, por cierto, es el que me ha lleva a escribir estas líneas. Me he aislado en un “sarcófago de cristal” en medio de una de las plazas más populosas de Madrid para reflexionar sobre el silencio que propicia la creación. En las dos horas que he permanecido en la Plaza de Callao vi desfilar por mi lado muchas existencias. Noté los mil y un ojos que me veían teclear estas palabras. Incluso percibí una perplejidad que se parecía mucho a la que tuve en compañía de aquel amigo egipcio. Pero ahí encerrado, en el corazón de la ciudad, he tenido la última ocasión repensar el silencio. Y ¿saben qué? Ahí dentro he llegado a una conclusión tan personal como deslumbrante: aquel silencio que experimenté en la Gran Pirámide y que tanto anhelo hoy, sigue vivo dentro de mí. Me ha bastado con evocarlo –o quizá mejor, invocarlo– para que haya vuelto a situar mi mente en “modo creativo” y reconectado con ese tapiz misterioso, lleno de imágenes, que es el mundo de las ideas.

Lo increíble es que esa capacidad está en todos y cada uno de nosotros. Basta con que cada uno identifique su propia “Gran Pirámide”, su momento de encuentro vívido con el silencio verdadero, y recurra a él cada vez que necesite crear.

Y si aún no lo tiene... ¡siempre quedará Egipto!

(*) Javier Sierra es escritor, autor de novelas como *La cena secreta* (publicada en 43 países), *El ángel perdido* o *El maestro del Prado*. Ha escrito este texto en vísperas de la publicación de su nueva novela *La pirámide inmortal*, en la que reconstruye lo que Napoleón Bonaparte vivió en el interior de la Gran Pirámide de Egipto en la madrugada del 12 al 13 agosto de 1799. De algún modo su reclusión en el “cubo de cristal” que la Fundación Telefónica puso a su disposición en la Plaza de Callao de Madrid el pasado 11 de junio de 2014 le recordó su noche de silencio en la pirámide y le evocó esta particular “confesión”.

LA GUERRA DEL FRANCÉS

Por Juan Luis Cano – Relato del Silencio en el Cubo MUTE en Plaza Callao de Madrid

11 junio 2014

Yo no sé qué viene a hacer aquí este hombre. Aquí no hay nada. No hay de nada. Somos gente normal, acostumbrados a vivir y morir sin alejarnos demasiado, temerosos de no encontrar el camino de regreso. Ya le dije a mi Paco cuando le vi la primera vez. Al hombre me refiero, no a mi Paco: “¿A qué habrá venido aquí ese extranjero?”. “Quiá”, me contestó él, que siempre ha sido de pocas palabras. Ahora, que trabajador... No recuerdo un día en el que no se haya levantado al alba y no se haya acostado “baldao” del campo. Pues mi Paco sí que habló con el extranjero un par de veces antes de que comenzara la guerra con nosotros. La primera, que me lo contó al día siguiente de haber tenido la conversación, cuando íbamos camino de la casa de nuestra hija, que desde que se casó, como no vayamos nosotros a verla... Me lo soltó así, de sopetón, como quien se libra de un secreto: “El vecino nuevo es francés”. “¿Cómo lo sabes?” Le pregunté. “Porque me lo ha dicho, coño ¿Te crees que soy adivino?”. Le dijo que era francés y que había venido hasta aquí para escribir. Fíjate, para escribir... Desde luego, con lo mal que está este país... Trabajadores con su trabajo es lo que hace falta y gente que se deslome cada día para tirar del carro, que es la única manera que se conoce para salir adelante. Si mi padre se hubiera dedicado a escribir cuando acabó la guerra íbamos a habernos criado los hijos con aire y agua. “A escribir”, le dijo. Así está el mundo. Mucho vago es lo que hay.

Después, otro día que se cruzó con él cuando, al parecer, regresaba el hombre de dar un paseo por el cerro “Palomitas”, le contó que había llegado hasta aquí porque un amigo español le había contado que era un lugar tranquilo y silencioso. Y lo es, eso es verdad. Pensaba que la quietud y la soledad le echarían una mano a la hora de trabajar. “De trabajar” le dijo. ¿Tú te crees? Viene a escribir y va diciendo que viene a trabajar...

El pueblo sí es tranquilo, la verdad. Cuando sopla el Gregario se vuelve uno loco, pero por lo general, vivimos sin sobresaltos y con paz.

La guerra empezó por la tele. Ya ves, como si uno tuviera que pedir permiso para entretenerse. Estás todo el día dale que te pego, sin descansar y cuando acaba la jornada, te relajas un rato y te das un respiro, enciendes la televisión hasta que el cansancio te cierra los ojos y entonces viene un escritor y se molesta. Di que porque mi Paco en el fondo es un santo, que si no...

Se puso a aporrear la puerta como un animal. Sí, en casa ponemos el volumen de la tele muy alto, eso es verdad. Desde que a mi Paco le reventó la bomba del motor del riego casi en la cara, no oye bien. Si ese francés hubiera venido a trabajar seguro que no le molestaba que se oyera la tele desde su casa, que caería rendido en el catre. Lo que pasa es que la vagancia desvela. Todos los vagos trasnochan, eso es así.

Ese día comenzó la guerra, ya digo. Él protestaba y nosotros, como por venganza, subíamos el volumen. Mira que en esos programas que me gusta ver a mí la gente grita... Pues más parecían gritar en nuestra tele. Y ahí comenzó la guerra, ya digo.

A mí me gusta cantar y siempre me han dicho que no lo hago mal del todo. Si mis padres hubieran sido de ciudad... ¿Quién sabe? Pues ni cantar podía. Era comenzar a entonar una coplilla y ya estaba el hombre protestando. Yo no sabía lo que me decía, porque vociferaba en extranjero, que no sé ni cómo se entienden entre ellos, pero por el tono, ya te digo que bueno no era. Sabía español, porque a mi Paco lo de que era escritor y francés se lo dijo en cristiano, pero cuando se enfadaba le debía salir el demonio por la boca y de todos es sabido que el demonio no es de aquí. Pues eso, que ni cantar podía una.

Yo no sé cómo ese hombre no se vuelve loco de tanta soledad. Está todo el día en el cuarto de lo que llamamos el palomar, que es la parte más alta de la casa que ha alquilado, que le veo yo todo el rato. Está sentado, porque se le nota quieto, como mirando constantemente a la mesa, que ya digo, que le veo yo. De vez en cuando, sólo por fastidiarle, azuzo a las gallinas para que metan bulla, entonces él levanta la cara y me lanza miradas de odio. Lo hago a propósito, ya digo. Que trabaje o que se vaya a su tierra a vagar ¿Qué ha venido a hacer aquí? Mi Paco dice que le deje tranquilo, que no hace nada malo, pero yo es que no puedo con él. Eso lo heredé de mi madre, que no soportaba a los zánganos. A mi tío Luis, el hermano de mi padre, que vivió con nosotros hasta que se fue a la Legión mi madre siempre le decía que a los golfos y a los vagos en casa no se les daba ración y mi tío se revolvía y salía de casa refunfuñando, lo recuerdo muy bien.

A mi Paco le gusta mucho el fútbol. No ha ido nunca a ver un partido, pero lleva al Madrid en las entrañas, como él dice. Yo no sé, porque siendo de tan lejos... Pero bueno, desde siempre se lo he oído decir: "Yo del Madrid hasta el tuétano", que vete tú a saber qué será eso. Pues esa era otra batalla, la del fútbol. Se ponía mi Paco la radio en el corral para escuchar el partido los fines de semana, que era cuando aprovechaba para trajinar con los animales y no tardaba ni dos minutos en asomarse a la ventana el escritor, con la murga del silencio. Mi Paco, que ya digo que es un santo, por no discutir, muchas veces se metía para adentro y seguía escuchando el partido en el cuarto de estar o en la cocina, y a mí es que me sacaba de mis casillas. "¿Tú por qué le haces caso a ese asqueroso?" "¡Quiá!", me respondía, que siempre ha sido mi Paco de pocas palabras, la verdad. Y yo que no podía soportarlo y entonces me subía a la terraza y ponía el tocadiscos del chico a todo trapo, con canciones de esas chillonas, de las que les gustan a la juventud. Ya digo, por desquitarme. "Protesta, protesta" decía yo como para mis adentros y hacía como que no le oía protestar, pero sí que le oía. Era la guerra del silencio, ya digo.

Así anduvimos todos esos meses en los que estuvo por aquí el francés, trajinando con los ruidos. Él quejándose, yo armando jaleo, sacando mi mala sombra, que ya digo que mi Paco, por no meterse en bronca... Era yo la que batallaba.

A los meses de que se marchara... ¿Qué digo a los meses? Ya para año y medio iría por lo menos, le vimos en la tele. Hablaban de él en un telediario. "Mira el francés" me dijo mi Paco, pero sin darle importancia, que yo sé que lo que él estaba esperando eran las noticias de deportes, como siempre hablan de su Madrid... "Mira el francés", me dijo. Y sí que era él. Por lo que se ve le habían dado un premio o algo así. "No es algo así - dijo mi Paco - le han dado un premio, coño ¿No lo ves?" La periodista comentaba que había sido galardonado con el premio no sé qué, "Goncur" o algo así y que había escrito una maravillosa historia sobre el odio que se puede llegar a sentir por alguien a quien apenas se conoce. Ya ves, qué tontunas. Yo no sé a dónde vamos a llegar si se premia ya hasta a los vagos, ya digo.